

## Pequeña antología de Miguel Argaya Roca

### A MARCELO ARROITA-JÁUREGUI

¡Quién, como tú, poblara de tal modo la música  
y el tiempo! ¡Quién pudiera fundar así la noche,  
llenar la soledad con calles que florecen  
de madrugada, aceras, tabernas y jardines,  
con besos que se escapan y traducen el beso  
que quizá no se dio, pero pudo soñarse!  
¡Quién, como tú, supiera decir así la vida:  
gente que pasa, niños, viejas loteras, novios  
abrazados al día, un joven aterido  
que se fumó las clases para escribir poemas,  
y se le hizo la víspera, y no encontró su casa,  
y viene de pasar la noche al raso,  
pícaros, barrenderos, locos, afiladores,  
mujeres de reventa, una muchacha  
con libros y esperanzas, aguardando  
un coche que no viene, que tal vez llegue luego,  
obreros que devanan la vida y el sustento al calor  
de una fogata, perros, el ruido de un motor  
lejano que se acerca. La ciudad,  
que se llena de voces y de historias,  
como una certidumbre. Amigos que se fueron,  
que, sin embargo, siguen habitando tus plazas,

llenando tus tabernas, poblando tus esquinas,  
demostrando que aún amanecen ciudades  
donde parece haber sólo poemas.

## **AMOR**

Si fueran los de un puente,  
dormiría en tus ojos  
como indigente.

## **DE UN POETA SINIESTRO, MÁS DUCHO EN FORJAR CLIENTELAS QUE EN ESCRIBIR POESÍA**

Poeta de tan hondo magisterio  
que le dura el discípulo un suspiro.  
Profesor vanidoso y autogiro  
que troca la amistad en un sahumero.  
Escribidor tan torpe y tan paleta,  
tan pobre de recursos y tan soso,  
tan sin estro y de verbo tan casoso  
cuyo lector será un analfabeto.  
Profesional del vino y las ladillas,  
incansable trovero de gabelas  
para quien "verso" rima con "morcillas".

Porfiado muñidor de clientelas,  
poeta -o no se qué- que, en otras millas,  
pasaría por clon de Luis Candelas.

## **PULVIS ET UMBRA**

No es la primera vez.

La despreocupación pagana de Dionisos ya se nos ha muerto antes  
muchas veces.

Demasiadas.

Tantas como la hemos dejado entronizarse y gobernar sin límites.

Hoy la cubren incontables epitafios con nombre de tragedia.

Y no hablo sólo de Fukushima.

Hablo de la verdad implacable que bulle en el extremo último de la vida.

Ésa que el devoto de Dionisos hace por olvidar, en la esperanza infantil —  
e improbable— de que ella también lo olvide a él.